

figura se llama triángulo. La primera es un postulado; la segunda una definición. La primera está oculta; la segunda es visible. La primera es susceptible de verdad ó de error; la segunda no es susceptible de la una ni del otro. La primera es la fuente de todos los teoremas que cabe enunciar sobre los triángulos; la segunda no hace más que resumir en una expresión los hechos contenidos en la otra. La primera es una verdad; la segunda es un recurso cómodo. La primera es una parte de la ciencia; la segunda un expediente del lenguaje. La primera expresa una relación posible entre tres líneas rectas; la segunda da el nombre de esa relación. Sólo la primera es fructuosa, porque es la única que, en consonancia con el oficio de toda proposición fructuosa, enlaza dos hechos.

Entendamos, pues, exactamente la naturaleza de nuestro conocimiento: el conocimiento se aplica, bien á las palabras, bien á los seres, ó á las dos cosas á la vez. Si se trata de palabras, como en las definiciones de nombres, toda su obra consiste en referir las palabras á las experiencias primitivas, es decir, á los hechos que le sirven de elementos. Si se trata de seres, como en las proposiciones de cosas, toda su obra consiste en unir un hecho á otro hecho, para aproximar la suma limitada de las propiedades conocidas á la suma infinita de las propiedades por conocer. Si se trata de lo uno y de lo otro, como en las definiciones de nombre que ocultan una proposición de cosa, toda su obra consiste en hacer lo uno y lo otro. La operación es siempre la misma. Nunca se trata más que de entenderse, es decir, de volver á los hechos, ó de aprender, es decir, de juntar hechos.

V

He ahí destruido un primer baluarte; los adversarios se refugian detrás del segundo: la teoría de la *demonstración*. En efecto: esta última pasa, desde hace dos mil años, por una verdad corriente, definitiva, inatacable. Varios la han juzgado inútil; pero nadie se ha atrevido á calificarla de falsa. Todos la han considerado como un teorema firme. Mirémosla de cerca y con todo detenimiento.—¿Qué es una demostración? Según los lógicos, es un silogismo. Y ¿qué es un silogismo? Es un grupo de tres proposiciones como éste: «Todos los hombres son mortales; el príncipe Alberto es hombre; luego el príncipe Alberto es mortal.» He ahí el modelo de la demostración, y toda demostración completa se reduce á esa. Ahora bien: ¿qué hay en esa demostración, según los lógicos? Una proposición general, concerniente á todos los hombres, que conduce á una proposición particular, concerniente á cierto hombre. De la primera se pasa á la segunda, porque la segunda está contenida en la primera. De lo general se pasa á lo particular, porque lo particular está contenido en lo general. La segunda no es más que un caso de la primera; su verdad está encerrada de antemano en la de la primera, y por eso es una verdad. En efecto: en cuanto la conclusión no está contenida en las premisas, el razonamiento es falso, y Port Royal ha reducido todas las complicadas reglas de la Edad Media á esta sola regla: que la conclusión

debe estar contenida en las premisas. Así, toda la marcha del espíritu humano, cuando razona, consiste en reconocer en los individuos lo que ha conocido en la clase, en afirmar en detalle lo que ha establecido para el conjunto, en sentar una segunda vez pieza por pieza lo que sentó de golpe una primera vez.

Nada de eso, responde Mill, porque, si así es, el raciocinio no sirve de nada. No es un progreso, sino una repetición. Cuando he afirmado que todos los hombres son mortales, he afirmado, por eso mismo, que el príncipe Alberto es mortal. Al hablar de la clase entera, es decir, de todos los individuos, he hablado de cada individuo, incluso del príncipe Alberto, que es uno de ellos. No digo, pues, nada nuevo cuando hablo de él. Mi conclusión no me enseña nada; no añade nada á mi conocimiento positivo; no hace más que presentar bajo otra forma un conocimiento que ya tenía. No es fructuosa; es puramente verbal. Por manera que, si el razonamiento es lo que dicen los lógicos, el razonamiento no es instructivo. Lo mismo sé al empezarle que al concluirle. He transformado unas palabras en otras palabras; he estado moviéndome sin cambiar de puesto. Y eso no puede ser, porque el raciocinio nos enseña verdades nuevas. Yo adquiero una verdad nueva cuando descubro que el príncipe Alberto es mortal, y la descubro por la virtud del razonamiento, puesto que, viviendo aún el príncipe Alberto, no he podido adquirirla por la observación directa. De suerte que los lógicos se engañan; y así, más allá de la teoría escolástica del silogismo, que reduce el razonamiento á sustituciones de palabras, hay que buscar una teoría de la demostración, completamente positiva, que desentrañe en el raciocinio descubrimientos de hechos.

Para ello basta advertir que la proposición general no es la verdadera prueba de la proposición particular. Lo parece; pero no lo es. No es de la mortalidad de todos los hombres de donde yo deduzco la mortalidad del príncipe Alberto; las premisas están en otra parte, y hacia atrás. La proposición general no es más que un recordatorio, una especie de registro abreviado, donde he consignado el fruto de mis experiencias. Puede V. considerar ese recordatorio como un libro de notas, á que recurre cuando quiere refrescar su memoria; pero no es del libro de donde saca V. su ciencia: la saca V. de los objetos que ha visto. Mi recordatorio no tiene valor más que por las experiencias que recuerda. Mi proposición general no tiene valor más que por los hechos particulares que resume. «La mortalidad de Juan, Tomás y compañía, es, después de todo, la única prueba que tenemos de la mortalidad del príncipe Alberto.» «La verdadera razón que nos hace creer que el príncipe Alberto morirá, es que sus ascendientes y nuestros ascendientes y todos sus contemporáneos han muerto.» De ellos hemos sacado la proposición general; ellos son los que la comunican su verdad y extensión; la proposición se limita á mencionarlos bajo una forma más breve; pero de esos hechos recibe toda su sustancia; esos hechos obran por ella y al través de ella para conducir á la conclusión que parece engendrar. La proposición no es más que su representante, y un representante sin el cual pueden pasarse los hechos. Los niños, los ignorantes y los animales saben que saldrá el sol, que los ahogaría el agua, que los quemaría el fuego, sin valerse del intermediario de esa proposición. Razonan, y nosotros razonamos también, no de lo general á lo particular, sino de lo particular á lo particular. «El espíritu no

procede nunca más que de los casos observados á los casos no observados, con ó sin fórmulas rememorativas. Nosotros no las utilizamos sino por comodidad.» «Si tuviésemos una memoria bastante extensa y la facultad de conservar el orden en una gran masa de detalles, podríamos discurrir sin servirnos de una sola proposición general.» Aquí, como antes, se han equivocado los lógicos: han concedido el primer puesto á las operaciones verbales, relegando al último término las operaciones fructuosas. Han dado la preferencia á las palabras sobre los hechos. Han continuado la ciencia nominal de la Edad Media. Han tomado la explicación de los nombres por la naturaleza de las cosas, y la transformación de las ideas por el progreso del espíritu. A nosotros nos toca invertir ese orden en lógica, puesto que le hemos invertido en las ciencias; á nosotros nos toca realzar las experiencias particulares é instructivas, y darles en nuestras teorías la primacía y la importancia que nuestra práctica las confiere desde hace trescientos años.

VI

Queda una especie de fortaleza filosófica donde se refugian los idealistas. En el origen de todas las demostraciones existe el manantial de todas las demostraciones: quiero decir los axiomas. Dos líneas rectas no pueden cerrar un espacio; dos cualidades iguales á una tercera son iguales entre sí; si á cantidades igua-

les se añaden cantidades iguales, las sumas así formadas son iguales también: he ahí proposiciones instructivas, porque expresan, no significaciones de palabras, sino relaciones de cosas; y además son proposiciones fecundas, porque toda la aritmética, el álgebra y la geometría son consecuencias de su verdad. No son, por otra parte, sin embargo, obra de la experiencia, porque nosotros no necesitamos ver efectivamente con nuestros ojos dos líneas rectas para saber que no pueden cerrar un espacio; nos basta consultar nuestra concepción interior de las mismas: para esto el testimonio de nuestros sentidos es inútil; nuestra creencia nace por entero, y con toda su fuerza, de la simple comparación de nuestras ideas. Además, la experiencia no sigue esas dos líneas más que hasta una distancia limitada, diez, ciento, mil pies, y el axioma vale para mil, cien mil, un millón de leguas, y para el infinito; luego, á partir del punto en que acaba la experiencia, ya no es ella la que establece el axioma. En fin, el axioma es necesario, es decir, que lo contrario es inconcebible. Nosotros no podemos imaginar un espacio cerrado por dos líneas rectas; en cuanto imaginamos el espacio como cerrado, las dos líneas dejan de ser rectas; en cuanto imaginamos las dos líneas como rectas, el espacio deja de estar cerrado. En la afirmación de los axiomas, las ideas constitutivas se atraen invenciblemente. En la negación de los axiomas, las ideas constitutivas se rechazan invenciblemente. Pues eso no pasa con las proposiciones de la experiencia: éstas consignan una relación accidental, y no una relación necesaria; sientan que dos hechos están enlazados, y no que deben estar enlazados; afirman que los cuerpos son pesados, y no que deben ser pesados. De forma que los axiomas no son ni pueden

ser productos de la experiencia. No lo son, puesto que cabe formarlos de cabeza, y sin experiencia. No pueden serlo, puesto que, por la naturaleza y el alcance de sus verdades, exceden de las verdades de la experiencia. Tienen otra fuente, y otra fuente más profunda. Van más lejos, y vienen de otra parte.

Nada de eso, responde Mill. Aquí, como antes, discurrís como escolásticos; olvidáis los hechos ocultos detrás de las concepciones. Porque considerad ante todo vuestro primer argumento. Seguramente, sin serviros de vuestros ojos, y por una pura contemplación mental, podéis descubrir que dos líneas no podrían cerrar un espacio; pero esa contemplación no es más que la experiencia trasplantada. Las líneas imaginarias reemplazan aquí á las líneas reales; trazáis las figuras dentro de vosotros mismos, en vez de trazarlas en el papel: vuestra imaginación hace el mismo oficio que un encerado; os fiáis de la una como os fiáis del otro, y una sustitución no vale menos que la otra, porque, en punto á figuras y líneas, la imaginación reproduce exactamente la sensación. Lo que habéis visto con los ojos abiertos, lo veis exactamente del mismo modo un minuto después con los ojos cerrados, y estudiáis las propiedades geométricas trasplantadas al campo de la visión interior, tan seguramente como las estudiaríais conservadas en el campo de la visión exterior. Hay, pues, una experiencia de cabeza, como hay una experiencia de los ojos, y precisamente por una experiencia semejante negáis á las dos líneas rectas, aun prolongadas hasta el infinito, el poder de cerrar un espacio. No necesitáis seguir las hasta el infinito para eso: no tenéis más que transportar con la imaginación al punto en que convergen, y en ese punto tenéis la impresión de una línea que se

encorva, es decir, que deja de ser recta. Esta presencia imaginaria reemplaza á una presencia real: afirmáis por la una lo que afirmaríais por la otra, y con el mismo derecho. La primera no es sino la segunda, con la ventaja de ser más manejable y de tener más movilidad y alcance. Es un telescopio en vez de un ojo; y pues los testimonios del telescopio son proposiciones de experiencia, los testimonios de la imaginación lo son también. En cuanto al argumento que distingue los axiomas y las proposiciones de experiencia, so pretexto de que es concebible lo contrario de las unas, é inconcebible lo contrario de los otros, es nulo, porque no existe tal distinción. Nada se opone á que sea concebible lo contrario de ciertas proposiciones de experiencia, é inconcebible lo contrario de otras. Eso depende de la estructura de nuestro espíritu. Cabe que en unos casos pueda él contradecir su experiencia, y en otros no. Cabe que en ciertos casos la concepción difiera de la percepción, y que en otros no difiera. Cabe que en ciertos casos la vista exterior se oponga á la vista interior, y en otros no se oponga. Ahora bien: ya se ha advertido que, en materia de figuras, la vista interior reproduce exactamente la vista exterior. Luego en los axiomas de figuras la vista interior no podrá oponerse á la vista exterior: la imaginación no podrá contradecir la sensación. En otros términos: será inconcebible lo contrario de los axiomas. Así, pues, los axiomas, aunque sea inconcebible lo contrario de los mismos, son experiencias de cierta clase, y porque son experiencias de cierta clase es inconcebible lo contrario. Por todas partes se destaca esta conclusión, que es el resumen del sistema: toda proposición instructiva ó fecunda procede de una experiencia, y no es más que un enlace de hechos.